



CARACAS
APARTADO 628

Revista Venezolana de Orientación

AÑO 15 - N. 150
DICIEMBRE, 1952

El Excmo. Sr. Arzobispo Primado, en reciente carta que la prensa ha hecho pública, dirigida a uno de los Concejales del Distrito Federal, se expresa de esta manera:

“Motivo de gran preocupación es para mí la ola creciente de inmoralidad en los films y en los anuncios que de ellos hace la prensa, que no son sino un llamado a los más bajos instintos. El cine, la diversión más popular, que debería ser una fuente de sano entretenimiento y aun de educación para el pueblo, se ha convertido en sólo un negocio económico, donde no se toma para nada en cuenta la moral del pueblo”.

Con pocas palabras, pero precisas y terminantes, el supremo Jerarca de la Iglesia en nuestra Patria ha trazado un cuadro de doloroso realismo, viva expresión de la cruda verdad que todos conocemos.

No es hoy la primera vez que desde esta misma sección editorial de -SIC- abordamos tema tan grave, de tan honda responsabilidad y trascendencia.

Pero no vamos a detenernos a hacer explicaciones ni comentarios en torno a una realidad demasiado clara a todos nuestros lectores. Nos basta repetir la expresión que usa el Excmo. Primado y que no puede ser más gráfica. Estamos en efecto ante una “ola creciente de inmoralidad” que se vuelca diariamente desde las pantallas de los cines, a ciencia y paciencia de los miles de espectadores que acuden a pagar lo que les pidan, a trueque del revolcón de inmoralidad que esa ola les va a proporcionar.

Y esa ola viene y reviene, y crece, se expande y se despliega a sus anchas, porque desdichadamente no encuentra apenas muro alguno que la resista y la detenga y la eche para atrás.

Y peor aún: mientras la Iglesia, madre vigilante, procura con todo esfuerzo por medio de una sección propia de la Acción Católica orientar con sana censura al público, a fin de librarlo de los estragos de esa ola de inmoralidad, ve al mismo tiempo con dolor que otras muchas fuerzas, decididas y aunadas, trabajan con cuantos medios pueden para seducir a las multitudes, excitarles los más bajos instintos, y de esta manera lograr una despiadada explotación mercantil.

Estas malignas fuerzas que no sólo no se oponen al paso de la ola, sino

LA OLA
CRECIENTE...!

que al contrario, le abren mayor brecha a fin de que todo lo inunde, son bien conocidas. Y a todas ellas las guía positiva y casi exclusivamente un afán de lucro material, y de "negocio económico, donde no se toma para nada en cuenta la moral del pueblo", como dice el mismo Excmo. Primado. Tanto los productores, como los distribuidores y luego los empresarios de las salas de cine, no tienen otra mira que la de sus pingües ganancias. De que las obtienen, no puede haber la menor duda; y la prueba es que todavía no se ha cerrado ningún cine ni se ha retirado ningún empresario por quiebra; y antes al contrario los nuevos edificios para cine se multiplican asombrosamente de año en año. Súmase a la labor de esos traficantes de la moral pública, la colaboración eficaz y pagada que les prestan los periódicos, tanto por medio de interminables cuantó escandalosos anuncios en los que a mansalva se conculca el código policial; como con los escritos que publican los llamados críticos de cine. Muchos de esos escritos no son sino elogios propagandísticos que inhábilmente tratan de vender como obras de arte las películas más obscenas y depravadas. Si a todo esto se añade lo ineficaz e incapaz que se ha comprobado son no pocas de las juntas de censura municipal, tendremos por resultado que hay una suma de fuerzas poderosas y combinadas contra las que se hace imperativo de conciencia luchar decidida y firmemente. No se puede dejar por más tiempo el campo libre a quienes comercian con la moral pública. Hay que organizarse para hacerles sentir el peso de la conciencia moral de un pueblo.

Y si queremos, y nos unimos todos, podremos lograr un cambio radical de este estado de cosas. El caso no es nuevo. Ocurría igual hace años nada menos que en Estados Unidos. Y en pocos días el panorama cambió totalmente. Fuerzas poderosísimas en capital y organización, tuvieron que ceder cuando la población católica, que era una minoría pero de varios millones, se organizó y comprometió en un solo bloque, bajo la dirección de sus Obispos, sacerdotes y educadores, para practicar un "boycott" permanente a cuantas películas impropias se quisieran exhibir. Fué aquello un golpe certero, eficaz, a lo único que podía preocupar a los traficantes del cine: el golpe a la taquilla, la merma fuerte en las ganancias. Y el resultado de tal decisión fué inmediato, casi mágico; y desde entonces el cine norteamericano se ha visto obligado a producir y exhibir películas en las que —salvo casos excepcionales que a veces intentan colarse—, se respeta un código indispensable de moralidad.

Ha llegado la hora de que entre nosotros se proceda de igual manera. Ni juntas de censura municipal, ni sanciones policiales, detendrán la ola de inmoralidad de nuestros cines. Son los particulares, son todas las familias católicas quienes tienen en la mano la clave del triunfo contra el cine inmoral y sus explotadores. Por deber grave de conciencia personal y colectiva se debe emprender, de inmediato, el "boycott" contra toda película que la Censura Católica, respaldada por la autoridad del Episcopado Nacional, declare inmoral y prohibida.

Y no lo dudemos: en el momento en que en la recaudación de taquillas se sintiese el vacío de los bolívares que no han entrado porque el público se niega a asistir a películas inmorales, inmediatamente exhibidores y distribuidores y propagandistas de prensa se verán forzados a cambiar de actitud; y a brindar al público espectáculos dignos y sanos.

El remedio, pues, está en nuestras manos. Falta aplicarlo. Y adviértase que el caso es grave, y obliga en conciencia a todos a actuar con entereza. Manos a la obra!

P. P. B.